



CAPÍTULO 2



Palimpsestos y obsolescencias en la ciudad contemporánea

Edwin Aguirre Ramírez

Introducción

PREGUNTARSE ACERCA DEL SIGNIFICADO Y la naturaleza de la ciudad, así como del comportamiento del hombre en ella es una tarea imprecisa, vaga, profunda y contradictoria, más aún cuando para diferenciar ambas cuestiones se debe entender al hombre no como ser individual, sino como ser social culturalmente construido, y a la ciudad no como ente u objeto carente de esencia, sino desprovisto de la posibilidad de oponerse a ser transformado, y en constante cambio y evolución. El presente análisis demostrará dos particularidades relacionadas.

La discusión contemporánea desarrollada a partir de las problemáticas urbanas ha destacado una reiterada revisión de estos cuestionamientos, muestra de ello es la reflexión que hace Morin (1999): "Estamos en la era planetaria; una aventura común se apodera de los humanos dondequiera que estén. Estos deben reconocerse en su humanidad común, y al mismo tiempo reconocer la diversidad cultural inherente a todo cuanto es humano". Aquí también impera la necesidad del reconocimiento de aquello que carece del sentido de lo humano, pero la ciudad, entendida como una construcción del hombre, es simultáneamente constructora de hombres, de ciudadanos.

Si se revisan los albores de la humanidad se puede inferir que la relación entre hombre y ciudad estaba dada de manera integral, esto es, como unidad, como conjunto inseparable. Al menos así se puede entender por medio de los vestigios conocidos de las primeras ciudades, como son claro ejemplo Mesopotamia y la polis griega. La aparición de la ciudad marcó la diferencia entre el ser civilizado y el bárbaro, hubo un cambio estructural en los medios de producción, y a partir de ello a la ciudad empezó a vérsese no solo como un elemento de agrupación de individuos, sino como un espacio relacional, de intercambio y con un sinnúmero de funciones específicas. Por consecuencia, el hombre se convierte en habitante de la ciudad, y en su condición de ciudadano —al menos en el caso de la polis griega— se puede dar a la tarea de aprovechar el contexto en que se encuentra en su propio beneficio, y a la vez darle forma, moldearlo a su gusto.

La evolución del hombre lo alejó de su origen natural, lo transformó en un ser colectivo —social— y en un ser cultural; todo esto fue posible en el escenario relacional de la ciudad, donde la suma de las individualidades del sujeto, expresadas en su contexto habitable, permitieron la apropiación y construcción de un espacio habitado. Esta diáspora es entendible desde una perspectiva evolutiva, y tiene como resultado la diferenciación de la naturaleza humana en relación con la naturaleza del mundo, debido a que "ha producido una extraordinaria diversidad de lenguas, de culturas, de destinos [...]. El tesoro de la humanidad está en su diversidad creadora" (Morin, 1999, pág. 31).

Esta diversidad es la conjugación de la racionalidad del ser humano con su sentido de supervivencia, lo que le ha permitido apropiarse del mundo —de la naturaleza— y artificializarlo en su propio beneficio, convertirlo en ciudad. Pero la propia historia y evolución del hombre y la ciudad se han encargado de cambiar

la relación entre ambos. En la actualidad la ciudad puede entenderse como una sumatoria de fragmentos cuya unicidad se ha perdido en sus aspectos físicos y significantes. Lo relacional se ha convertido en una amalgama de conflictos, en multiplicidad de crisis. Si bien la ciudad ha traído consigo una serie de beneficios para el hombre y la sociedad, hoy es evidente que muchos problemas que afrontan son estrictamente urbanos, suceden en la ciudad. Desde una perspectiva similar, pero en contextos diferenciados:

Hoy más que nunca, ante la multiplicidad de realidades, la ciudad busca darle ese horizonte de sentido a todas las acciones, a toda la información, a todos los eventos, así como en el marco del pensamiento moderno intentó explicarse a través de la significación y ser entendida a través de una realidad única e indiscutible. O acaso ¿son las acciones, la información, los eventos, los que intentan darle sentido a la vida en la ciudad? Creo que ambas instancias son válidas. Porque los significados provienen del reconocimiento de las formas significantes, y el reconocimiento de nosotros mismos entre esas formas nos conduce a la identidad, a la pretendida realidad, a la realidad deseada (Pérgolis, 2005, pág. 14).

Puede decirse que los cambios en esta amalgama de elementos se dan indistintamente. Si se entiende a la ciudad como el espacio físico, lo urbano como lo relacional —por medio de lo cual se le puede dar sentido al espacio y convertirlo en un lugar de experiencias—, al hombre y a la sociedad como constructores constantes de ciudad y de urbanidad —pero a la vez mutantes, cambiantes, adaptables a las condiciones que su hábitat les imprime—, entonces se percibe de manera ampliada la complejidad que posee la comprensión de lo que cada uno de estos elementos significa cuando forman parte de una relación intrínseca, hoy por hoy inseparable:

Cada ciudad tiene su propio estilo. Si aceptamos que la relación entre cosa física, la ciudad, vida social, su uso, y representación, sus escrituras van parejas, una llamando a la otra y viceversa, entonces vamos a concluir que en una ciudad lo físico produce efectos en lo simbólico: sus escrituras y sus representaciones (Silva, 2006, pág. 26).

Dentro de este planteamiento está implícito que la ciudad es escritura humana que hoy puede entenderse como palimpsesto. Se pueden buscar las capas, los estratos de ciudades pasadas sobre la ciudad y encontrar una diversidad aglutinada en un solo espacio, esto es, la manifestación de la huella dejada por cada hombre, por cada grupo social en la ciudad, ya que las representaciones hechas a la urbe, como la construcción de ella misma, afectarán siempre el uso que de ella haga la sociedad, y por consiguiente la idea del espacio siempre será cambiante (Silva, 2006). La ciudad como documento que puede interpretarse muestra constantemente las características del tiempo pasado, espacios y edificios que otrora fueron novedosos, y de igual manera se presenta como lienzo para una nueva escritura.

La ciudad entendida como palimpsesto es soporte de la sociedad contemporánea que decide interpretar a su manera la ciudad, a la vez que escribe sobre ella. La ciudad es imaginada solo hasta que se construye, solo hasta que se edifica, "la ciudad planificada, ordenada y regulada [...] se ha contrapuesto a la ciudad laberinto, a la urbe caótica, desproporcionada y conflictiva" (Montoya, 1996, pág. 70), y se ha separado de la ciudad real, pero los devenires de la ciudad no son:

La realización tortuosa e imperfecta de una ciudad ideal que siempre gusta de ocultarse, como tampoco son la espera siempre aplazada de una ciudad soñada que nunca se realiza. Muy al contrario, la ciudad ha estallado y en su implosión estalló el modelo que la había concebido (Montoya, 1996, pág. 70).

Esta explosión ha ocurrido por sí misma y por la acción de quienes la habitan; es un hecho irrefutable que la ciudad es un artificio arraigado en la propia evolución del hombre y de la sociedad: "La ciudad es un artificio, un constructo humano que pone en sus marcas visibles y en sus trazos no visibles la impronta de su continuo presente" (Montoya, 1996, pág. 71).

La ciudad incompleta

La ciudad está en deuda. Este espacio ha sido una construcción que a partir de su consolidación histórica le ha permitido al hombre tener beneficios y mejorar sus condiciones de vida. Se puede establecer que la urbanización ha sido fundamen-

tal para el avance de la civilización, esto se puede ver expresado en el aumento de las tasas de natalidad mundial y en la disminución de las de mortalidad. Sin embargo, es notorio que a partir de ella el hombre ha sido condenado a sufrir una serie de necesidades particulares de la vida urbana, referidas casi todas ellas a la capacidad de cada individuo de poseer elementos necesarios para su propia subsistencia, como también a sortear de alguna manera las problemáticas dadas a partir de las múltiples relaciones de carácter socioeconómico y cultural que en la ciudad cobran una fuerza inusitada. Marginación, polarización, pobreza, déficit de vivienda y de servicios públicos constituyen algunos de los problemas más agudos que surgen en la ciudad.

Congestión, contaminación, conflicto, confusión, crimen [...], en nuestro imaginario colectivo la ciudad se asocia, cada vez más a menudo a un compendio de problemas [...]. Se da así la paradoja que la ciudad, una de las creaciones más complejas y ricas que la sociedad humana ha producido a lo largo de la historia, acaba siendo asociada a las lacras y a los peligros (Nel-Lo y Muñoz, 2004, pág. 255).

Las soluciones a estos problemas lastimosamente no se dan de manera contundente, por lo que siempre aparecen como elementos apremiantes en la dinámica urbana, lo que obliga al ciudadano a mantenerse en una lucha constante que le permita sobrellevar sus condiciones adversas. La ciudad está incompleta porque siempre será necesario resolver un nuevo problema, y esto ha sido así desde el origen mismo de la ciudad hasta el día de hoy.

Al hacer una síntesis histórica de esta situación se puede ver que en la polis griega —que puede entenderse como el paradigma básico de lo que es la ciudad occidental, y donde se originó la idea del espacio público para la misma cultura— el problema fundamental fue la cuestión política. En estas ciudades-nación eran tenidos en cuenta y participaban de los beneficios que la ciudad ofrecía solo quienes eran considerados dentro de los cánones culturalmente establecidos. La toma de decisiones y la participación en la gestión y el desarrollo de cualquier asunto debían resolverse por medio del posicionamiento político que los ciudadanos hicieran en el espacio público. En este contexto, mujeres y niños carecían de voz y voto en la dinámica de la ciudad. Quien no perteneciera a este lugar —extranjeros

y esclavos— estaban al margen de cualquier decisión, pero debían someterse a las condiciones que el grupo social dominante impusiera. Se afronta un espectro que vanagloria y tergiversa la historia misma de los conceptos que hoy se defienden abiertamente como paradigmas del origen de la ciudad contemporánea.

En el caso de las ciudades precapitalistas posteriores a Grecia y Roma, el orden feudal fue fundamental y sirvió como plataforma territorial y administrativa de lo que posteriormente fueron las ciudades tal y como se las conoce hoy. Al menos para el caso europeo, sobreviven vestigios físicos de las ciudades viejas que conformaron el germen espacial de las contemporáneas; en su gran mayoría su estructura básica posee las características de las ciudades feudales, donde la muralla y la fortaleza agudizaban el sentido del resguardo, manifestación del poder y orden prevaleciente dentro del sistema social y económico.

En este nuevo orden físicoterritorial y sociocultural es inevitable encontrar algunos problemas. La necesidad de seguridad de los señores feudales y de los siervos, así como de sus riquezas —en particular la propia tenencia de la tierra— hizo que la ciudad se amurallara, que se la asegurara o se la protegiera contra los males externos, pero simultáneamente quedaba convertida en una isla espacial dentro de vastos territorios. Las dinámicas de este tipo de ciudades se veían afectadas básicamente por problemas de salud generados por diversos hábitos de la vida cotidiana, y claro está, por la carencia de alivio para dichas problemáticas. Es sabido que las enfermedades contagiosas y cierto tipo de pestes provocaron el colapso de múltiples conjuntos urbanos, lo que obligó a sus moradores a repensar su situación y a cambiar.

El motivo de transformación física y espacial sucedió a partir de la mercantilización y llegada de los primeros habitantes que originaron a las ciudades en la era del capitalismo por medio de la industrialización, que a su vez fundó las ciudades modernas. A pesar de los cambios establecidos por las diversas crisis y diversos avances tecnológicos, el efecto de la ciudad antigua se mantuvo presente, y es inescrutable aún hoy en muchos casos “pese a las múltiples mutaciones sociales acontecidas, las urbes europeas conservan todavía los rasgos principales que habían caracterizado las ciudades en los albores de la historia” (Nel-Lo y Muñoz, 2004, pág. 259), lo anterior manifiesta la importancia de la consecución de la idea de ciudad y su arquitectura como quintaesencia de la civilización. Durante el

desarrollo de las ciudades industriales los problemas de salubridad se consideraron impulsores del cambio fundamentales para repensar la ciudad:

La absorción de un crecimiento tan volátil llevó a la transformación de los barrios antiguos en zonas degradadas, y también a la construcción desmañada de nuevas casas e inmuebles cuyo único propósito, dada la carencia generalizada de transporte municipal, era proporcionar de la manera más barata posible la mayor cantidad de cobijo rudimentario situado a una distancia que permitiese ir caminando a los centros de producción [...]. Con un saneamiento primitivo y un mantenimiento inadecuado, este modelo podía traer consigo concentraciones de excrementos y residuos, así como inundaciones, y estas condiciones provocaron de forma natural una alta tasa de enfermedades: primero la tuberculosis y luego, algo más alarmante para las autoridades, algunos brotes de cólera (Frampton, 2009, pág. 21).

Al llegar el capitalismo y la Revolución Industrial —como modelos de desarrollo físico, económico y de pensamiento— la ciudad sufrió una gran transformación en todas sus particularidades. La modernidad se inmiscuyó en todos los procesos territoriales, y con ayuda del proceso de industrialización transfiguraron el mundo conocido:

Ser modernos es vivir una vida de paradojas y contradicciones. Es estar dominados por las inmensas organizaciones burocráticas que tienen el poder de controlar, y a menudo destruir las comunidades, los valores, las vidas, y sin embargo, no vacilar en nuestra determinación de enfrentarnos a tales fuerzas, de luchar para cambiar su mundo y hacerlo nuestro. Es ser a la vez revolucionario y conservador: vitales ante las nuevas posibilidades de experiencia y aventura, atemorizados ante las profundidades nihilistas a que conducen tantas aventuras modernas, ansiosos por crear y asirnos a algo real aun cuando todo se desvanezca (Berman, 1989, pág. xi).

La reflexión anterior expresa que el hombre y el mundo mismo son una paradoja, vistos desde la perspectiva de la modernidad cambian de manera incesante, algunas veces contra propia naturaleza, lo que conlleva también al deterioro

paulatino de los múltiples contextos habitables —las ciudades— ya establecidos. Pero es necesario decir que ser moderno en la vida contemporánea se desdibuja poco a poco; la idea de la modernidad como revolución se ha perdido, y día tras día el peso de la modernidad está más ligado con ser conservador que con ser innovador. Un ejemplo de esto se puede observar en un sinnúmero de rincones urbanos en América Latina, donde para conseguir elegibilidad diversas facciones políticas prometen vías pavimentadas o alfabetizar a la población, entre otras promesas, problemas que ya no deberían existir, sino que deberían estar superados más allá del discurso.

La ciudad moderna se convierte en un polo de atracción hacia la vida urbana. Los medios de producción tecnificados y las ventajas generadas en las ciudades día a día convencen u obligan a aquellos que aún se mantienen en un proceso de vida vernacular —vinculados al campo y a la producción primaria— a migrar hacia ellas. La ciudad moderna ha elevado los grados de urbanización en el ámbito mundial, lo que relega cualquier otra forma de habitar en el mundo. Se debe entender el concepto de grados de urbanización como una medida establecida para descubrir la población que habita las ciudades al dividir la población urbana de un país entre su población total. En este sentido, entre más grande sea el resultado, mucho mayor el nivel de urbanización que presentará el país. Esta medida puede combinarse también con el índice de jerarquía urbana, que analiza el grado de desarrollo de los países a partir del número y tamaño de las ciudades que posea.

La avalancha provocada por la modernidad ocasiona que el sentido de la vida del mundo moderno gire sobre la urbanización. Entender un país en desarrollo o desarrollado será posible a partir de sus grados de urbanización, lo que deja de lado otras características menos cuantificadas, pero inherentes a otros aspectos importantes de habitar en el mundo:

La ciudad, ya sin murallas, colonizaba apresuradamente los espacios rurales que habían provisto de alimento a sus habitantes y que ahora pasaban de forma progresiva a formar parte de un espacio fragmentado, en el que la percepción de lo transitorio y la magnitud de la transformación espacial es palpable, tanto en la construcción de grandes avenidas y ensanches como en obras de infraestructura (Nel-Lo y Muñoz, 2004, pág. 267).

En la ciudad, la realidad del capitalismo segrega indistintamente a quienes poseen el ingreso necesario para acceder a los nuevos modos de consumo y a las infraestructuras, de quienes carecen de toda posibilidad de utilizar y sacar provecho de ellos. El mayor conflicto heredado por la ciudad moderna es justamente la inequidad presente en todos sus rincones, pero como se ha señalado, éste no es un resultado exclusivamente apreciable en la ciudad moderna o en la contemporánea, ha estado presente desde antaño, en ejemplos considerados paradigmas del devenir urbano.

Es un hecho que la ciudad es una obra incompleta. Posee tantas necesidades como habitantes tiene, y la acción de cada individuo la ha convertido en una sumatoria de fragmentos. El devenir urbano está sometido entonces a la necesidad creciente y constante de solucionar problemas estructurales para la población, al menos para aquellos sectores que están lejos de poseer los bienes básicos que les permitan gozar de una vida urbana adecuada, como mínimo en los términos que la misma modernidad estableció como fundamentales.

Hace poco más de 100 años, con el advenimiento y consolidación del movimiento moderno manifestado fervientemente en el Congreso Internacional de Arquitectura Moderna —donde se reunieron los profesionales más importantes de la arquitectura y el urbanismo de principios del siglo XX, entre otros Josep Lluís Sert y Le Corbusier, que expresaron hacia 1942 los postulados de la Carta de Atenas (Le Corbusier, s.f.)—, se decidió enjuiciar racionalmente a la ciudad. Dentro de los postulados más importantes se consideró la formación de nuevos paradigmas que consideraran la vida urbana como la nueva razón de ser del oficio, y se propuso una categorización fundamentada en los espacios para trabajar, circular, recrearse o cultivar cuerpo y espíritu, y por último, los espacios para habitar. Parece simple, pero los primeros cuatro elementos mencionados resumían la totalidad del ideal modernista de la ciudad y su arquitectura. Aunque parece obvio, este manifiesto fue la panacea teórica y conceptual sobre la que se sustentó gran parte del pensamiento disciplinario del siglo XX, aunque en la práctica solamente se completaron los proyectos de carácter arquitectónico, mientras que los urbanos a duras penas vieron una que otra realización, como sucedió con las ciudades de Chandigarh, en la India, o de Brasilia, en Brasil.

¿Cómo justificar la existencia de la ciudad moderna cuando estos postulados no lograron manifestarse con claridad suficiente? La realidad que presenta el

mundo contemporáneo es una inminente y continua urbanización. Resulta increíble que la disputa más trascendental acerca de la ciudad y lo urbano sucede en el ámbito de lo dialéctico, donde se asignan responsabilidades y crímenes a uno u otro actor, y no hay una discusión en el espacio verdadero —el de la ciudad misma, el urbano— para encontrar soluciones prácticas que vayan más allá de lo simplemente discursivo y se acerquen por su propia naturaleza a una realidad específica. Todas y cada una de las intervenciones en la ciudad tienen fines precisos e intereses particulares, pero no todas las veces logran con buen término los fines propuestos. Lo que es una realidad es que no todos los habitantes de la compungida ciudad contemporánea tienen espacios para habitar, ni mucho menos para trabajar o circular, ni que decir de los espacios para la recreación. Al no cumplir sus promesas, la modernidad arquitectónica y urbanística deja a la ciudad literalmente en construcción.

Otro argumento surge para entender a la ciudad como un hecho incompleto. Muchas soluciones a los problemas urbanos han llevado a pensadores a idealizarla y a proponer soluciones abstractas o poéticas, como en los ámbitos literario, arquitectónico y filosófico, donde se han descrito múltiples idilios socioespaciales; el más canónico de todos fue el propuesto en *Utopía*, escrita por Moro (2007) en 1516, modelo de sociedad y ciudad perfectas, que para no decaer debían aislarse del resto del mundo y mantener su autonomía. Lejano en el tiempo, menos político, pero igual o aún más poético, Calvino (2002) escrutó por medio de los relatos de viaje de Marco Polo la heterogeneidad de los núcleos urbanos y culturales, y expuso las diversas dotes físicas y espaciales de una o muchas ciudades, donde la singularidad es activa siempre, y por ningún motivo se manifiesta una idea de unicidad estética o funcional.

No menos poéticas, pero más funcionales fueron las soluciones e idealizaciones que arribaron con los procesos de industrialización: la ciudad lineal (Soria y Mata, 1890), la ciudad jardín (Howard, 2010), el Plan voisin (Le Corbusier, 1925). Entre otros, se les considera los proyectos más visionarios para solucionar la problemática urbana. Esta reflexión permite pensar que hoy la ciudad está incompleta porque se ha dejado de buscar su perfección y se ha dedicado simplemente a dejarla ser. Esta incapacidad de completarse, de ser un proyecto terminado es justamente el principio de su propia obsolescencia.

La crisis del espacio y el lugar en la ciudad

La sociedad construye y deconstruye día a día a la ciudad; la imagen y la realidad se funden en una sola experiencia de cambio permanente, de mutación y de transformación de experiencias de vida de los habitantes, pero al mismo tiempo del espacio contenedor y contenido de y entre ellos.

Si la ciudad posee un espíritu humano nacido de la intervención de los individuos y de las relaciones sociales instituidas en su espacio, es inevitable que ella misma empiece a otorgarle significado a sus estructuras artificiales. Espacio y lugar pueden ser una misma cosa, pero en lo concerniente a la sensibilidad poética y al hombre es indispensable separarlos. Es posible entender al espacio como el hecho físico, construido y virtual, y al lugar como el escenario de lo relacional donde la esencia debe encontrarse por medio del significado, en el mismo sentido de lo ya mencionado para entender la diferencia entre la ciudad y lo urbano.

A pesar de que el concepto de *locus* definido por Rossi (1995) se refiere casi exclusivamente a la relación singular y universal entre las situaciones de una localidad y las construcciones o edificios que albergan, se puede ampliar dicha definición cuando la diferencia y relación entre espacio y lugar está mediada también por el espíritu del lugar o *genius loci* de un contexto determinado, lo que le hace distinto a otro, le caracteriza e individualiza, y permite su distinción de cualquier otro elemento. Ese espíritu está originado en el sentido del origen de quien habita, en su percepción; es una excusa para encontrar una manera singular de habitar, lo que permite dar significado a lo que rodea sus contextos físico y social. Es como cuando las cosas adquieren un sentido que valida su existencia al ser nombradas.

Por medio de esta cualidad se puede diferenciar el espacio del lugar. Puede decirse que un espacio al que se imprime cierto nivel de significado —del cual sus habitantes se apropian y confeccionan en él una serie de relaciones *en* y *con* el espacio— se transforma en lugar con espíritu y con sentido, lo que permite su diferenciación. Pero este espíritu y significado tienen el mismo origen: el individuo y la sociedad. El hombre imprime en el espacio toda su naturaleza al habitarlo —y lo condiciona y transforma—, y el espacio convertido de esta forma en lugar adquiere un significado construido cultural e históricamente: “El espacio captado por la imaginación no puede seguir siendo el espacio indiferente entregado a la

medida y a la reflexión del geómetra. Es vivido. Y es vivido no en su positividad, sino con todas las parcialidades de la imaginación” (Bachelard, 2000, pág. 22).

El espacio y el lugar adquieren una imagen singular con un sentido estructurado. Imagen vívida y representada construyen simultáneamente diversas formas de apropiación y de ocupación del contexto habitable. La sociedad —como sumatoria de las singularidades de los sujetos, y a la vez tamiz del deber ser del comportamiento de los individuos— otorga a los lugares ciertas jerarquías y ciertas reglas de juego. De esta manera, el espacio transformado en lugar posee maneras de usarse, de vivirse. Bachelard (2000, pág. 10) ha reflexionado acerca de la imagen poética como producción de la conciencia, y plantea que:

La imagen poética, en su simplicidad, no necesita saber. Es propiedad de una conciencia ingenua. En su expresión es lenguaje joven. [...] Para aclarar que la imagen es antes que el pensamiento habría que decir que la poesía es, más que una fenomenología del espíritu, una fenomenología del alma.

Si se sabe que la ciudad no fue anterior al pensamiento del hombre, si es cierto que ella posee en su interior la esencia misma del alma humana, la imagen de la ciudad está determinada no solo por los hechos físicos que existen en el espacio (Lynch, 2014), sino por los significados que los individuos y la sociedad imponen a sus elementos.

A diferencia del planteamiento de Bachelard (2000), que supone que la imagen poética se origina por medio de una conciencia ingenua, la ciudad deviene de una conciencia sagaz que premedita el comportamiento y el significado de sus elementos de manera formal, funcional y estructural —lo que refiere a la figura canónica vitruviana— para articular siempre lo relacional y lo espacial en un escenario de representaciones y vivencias específicas.

Desde otra perspectiva, si la casa puede tomarse como instrumento de análisis para el alma humana, se puede decir que la ciudad es el instrumento que permite entender el sentido de lo social (Bachelard, 2000, pág. 23). Imagen y realidad se manifiestan de diversas maneras: “La ciudad es en sí misma el símbolo poderoso de una sociedad compleja. Si se la plantea bien visualmente, puede tener asimismo un intenso significado expresivo” (Lynch, 1998, pág. 14). Esta reflexión

manifiesta el sentido poderoso de la imagen urbana. Por medio de este elemento se puede reconocer una ciudad, o si es el caso, recordarla.

La manera más adecuada de orientarse dentro de un contexto urbano específico se deriva básicamente de la propensión de poseer referentes, elementos significativos que permitan reubicar la propia posición en el espacio (Lynch, 1998). Hitos, nodos, bordes y sendas son, entre otros elementos, los propiciadores (Lynch, 1998) de la ubicación y la reubicación en el espacio, y pueden considerarse simultáneamente como lenguaje urbano, significados fisicoespaciales, símbolos urbanos que permiten una interpretación precisa y que se les reconoce socioculturalmente. La identidad de los lugares se hace manifiesta: un lugar, una zona urbana es distinta a otra en la medida en que posea características y símbolos urbanos diferentes. La diferencia sucede a partir del valor de significación que los habitantes otorgan a estos elementos; la singularidad de los hechos urbanos constituirá simultáneamente ese *genius loci* ya mencionado, el espíritu del lugar del que se desprende la relación entre el espacio y el hombre.

A diferencia del espacio social, "esa realidad invisible, que no se puede mostrar ni tocar con el dedo, y que organiza las prácticas y las representaciones de los agentes" (Bourdieu, 2007, págs. 21-22), el espacio de la ciudad, configurado por los elementos antes mencionados, es realidad física, material y visible. Los agentes y los grupos se expresan de manera corpórea, allí pueden habitar indistintamente de la distancia que guarden unos de otros.

La crisis esbozada entre el espacio y el lugar, que posee diferentes matices, tiene también múltiples argumentos teóricos que la sustentan. Si se retoma la diferenciación entre la ciudad y lo urbano:

Es posible leer una ciudad, al menos en cuanto estructura morfológica [...]. Es más, los territorios en que una ciudad puede ser dividida han sido generados y ordenados justamente para posibilitar su lectura, que es casi lo mismo que decir su control. El espacio urbano, en cambio, no puede ser leído, puesto que no es un discurso, sino pura potencialidad, posibilidad abierta de juntar, que existe solo y en tanto alguien lo organice a partir de sus prácticas, que se genera como resultado de acciones específicas y que puede ser reconocido solo en el momento en que registra las articulaciones sociales que posibilitan (Delgado, 2004, pág. 2).

Sin embargo, Delgado (2004) resta consideración a la ciudad y sobredimensiona lo urbano, cuando ambos elementos deberían formar parte de un todo multidimensional, y deberían entenderse como elementos intrínsecos y articulados porque espacio y lugar —como ciudad y urbano— poseen más convergencias que divergencias entre sí.

El habitante no vive en medio de la mascarada de espacios y acontecimientos construidos como escenografías urbanas particulares referentes a eventos llamativos, vive en lo más profundo de la estructura urbana y padece todos los problemas que posee la ciudad. Estos elementos son fáciles de interpretar a partir de la disparidad que el capital infestó a la sociedad, y “la sociedad moderna no solo es una jaula, sino que todos los que la habitan están configurados por sus barrotes; somos seres sin espíritu, sin corazón, sin identidad sexual o personal, casi se puede decir sin ser” (Berman, 1989, pág. 15). Ésta es una condición no solo vivida en la modernidad, afecta también a la sociedad y al ser contemporáneo, incluso a quienes pretenden ser posmodernos y vivir en la posmodernidad. Más específicamente, le pertenece a quienes han perdido su arraigo, a quienes no se sienten identificados con el lugar donde se encuentran. Desde otras perspectivas, la divergencia entre lugar y no lugar (Augé, 2000) ayuda a complejizar la conceptualización disciplinar de estos elementos:

Si un lugar puede definirse como lugar de identidad, relacional e histórico, un espacio que no puede definirse ni como espacio de identidad ni como relacional ni como histórico, definirá un no lugar [...]; la sobremodernidad es productora de no lugares, es decir, de espacios que no son en sí lugares antropológicos (Augé, 2000, pág. 83).

Esta definición del no lugar puede interpretarse también como una expresión de la obsolescencia de los espacios de la ciudad. La importancia del lugar antropológico vivido, apropiado, usado y significado por el hombre es lo que le da un sentido verdadero al lugar (Augé, 2000). Estas características lo separan inmediatamente del simple espacio que carece de estos contenidos, del no lugar, que sin identidad definida aparece en diversos escenarios de la ciudad, se inmiscuye en la estructura urbana de manera paulatina, y con sus atributos o con su

carencia desarticula lo establecido en términos físicos y simbólicos, los resignifica y les cambia el sentido:

El lugar y el no lugar son más bien polaridades falsas: el primero no queda nunca completamente borrado y el segundo no se cumple nunca totalmente: son palimpsestos donde se reinscribe sin cesar el juego intrincado de la identidad y de la relación (Augé, 2000, pág. 84).

Esta última reflexión pone de manifiesto el sentido de vulnerabilidad que poseen los hechos urbanos, en tanto cuentan con posibilidades de cambio, de transformación para bien o para mal. Pueden permanecer para ser interpretados o volverse obsoletos.

Conclusiones

A lo largo de este capítulo se ha insistido en el estado inconcluso de la ciudad y en su naturaleza de cambio. Esto no equivale a una crítica a la esencia misma de dicha realidad, pero sí a una reflexión acerca de la situación inherente que genera la imposibilidad de un proyecto completo. Quizá los lectores podrían sacar sus propias conclusiones debido a que desde un punto de vista personal esta característica de parcialidad y de saldo pendiente es la manifestación misma de la idea de que la modernidad es un proyecto incompleto y en muchas formas no superado.

De la misma manera, el concepto de crisis no pretende argumentar unívocamente la idea de un problema. Para muchas culturas la crisis es justamente una fuerza impulsora de cambio, de transformación, y se debe pretender que dichas dinámicas busquen siempre optimizar y mejorar las condiciones en las que la ciudad se reproduce, situación inherente al mejoramiento de las condiciones de vida de sus habitantes.

A pesar de conocerse las huellas de las diversas configuraciones, de las transformaciones físicas espaciales y socioculturales del espacio que habitamos, parece que el palimpsesto de la ciudad pocas veces se ha leído con atención. Una y otra vez los ciudadanos son sometidos a proyectos arquitectónicos y urbanos

inoperantes —con algunas excepciones—, a modelos de urbanización que van contra la lógica del habitar —como la dispersión urbana de las ciudades latinoamericanas— y a disputas por el poder que ven en el espacio urbano solo un medio de producción de capital.

Pero los discursos muchas veces son exacerbados. El derecho a la ciudad promulgado por Lefebvre (1978) ha sido reinterpretado algunas veces de múltiples formas por diversos actores académicos, políticos y sociales, lo que sirve como excusa para realizar proyectos —inconclusos— que suponen una mejora de las condiciones espaciales de los contextos urbanos, o en otros casos se trata de reclamos por parte de dichos sectores, que en contraste poseen intereses que van más allá de la legitimación de lo público. Sin deslegitimar la importancia de esta postura teórica y conceptual que ya tiene alrededor de medio siglo, es relevante preguntar hasta qué punto se puede exigir desde un papel de sujeto urbano —habitante o ciudadano, tomador de decisiones, planificado, diseñador, entre otros— el vanagloriado derecho a la ciudad, y en cambio se debería pensar en el propio deber que se tiene con ella.

Referencias

- AUGÉ, M. (2000). *Los no lugares. Espacios del anonimato. Una antropología de la sobre modernidad*. Barcelona: Gedisa.
- BACHELARD, G. (2000). *La poética del espacio*. Argentina: FCE.
- BERMAN, M. (1989). *Todo lo sólido se desvanece en el aire*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- BOURDIEU, P. (2007). Espacio social y espacio simbólico. El nuevo capital. En *Razonos prácticas*. Barcelona: Anagrama.
- CALVINO, I. (2012). *Las ciudades invisibles*. Madrid: Ediciones Siruela.
- DELGADO, M. (2004). De la ciudad concebida a la ciudad practicada. *Archipiélago. Cuadernos de Crítica de la Cultura*, 62.
- FRAMPTON, K. (2009). *Historia crítica de la arquitectura moderna*. Barcelona: Gustavo Gili.
- HOWARD, E. (2010). *Garden cities of tomorrow*. Nueva York: Createspace.

- LE Corbusier. (s.f.). Carta de Atenas. Recuperado de www-etsav.upc.es/personals/monclus/cursos/CartaAtenas.htm
- LEFEBVRE, H. (1978). *El derecho a la ciudad*. Barcelona: Península.
- LYNCH, K. (1998). *La imagen de la ciudad*. Barcelona: Gustavo Gili.
- MONTOYA, J. (1996). Entre un desorden de lo real y un nuevo orden de lo imaginario: La ciudad como conflicto de memorias. En F. Giraldo y F. Viviescas, *Pensar la ciudad*. Bogotá, Colombia: Tercer Mundo Editores.
- MORIN, E. (1999). *Los siete saberes necesarios para la educación del futuro*. Francia: Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura.
- MORO, T. (2007). *Utopía*. Ciudad de México: Editorial Prometeo Libros.
- NEL-LO, O. y Muñoz, F. (2004). El proceso de urbanización. En J. Romero (Coord.), *Geografía humana. Procesos, riesgos e incertidumbres en un mundo globalizado*. Barcelona: Ariel.
- PÉRGOLIS, J. (2005). *Ciudad fragmentada*. Argentina: Nobuko.
- ROSSI, A. (1995). *La arquitectura de la ciudad*. Barcelona: Gustavo Gili.
- SILVA, A. (2006). *Imaginario urbanos*. Bogotá, Colombia: Arango Editores.
- VITRUVIO, M. (1997). *Los diez libros de arquitectura*. Madrid: Alianza Editorial.